



ENTRADA N.º 365

EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAC.

AÑO I.

1.º DE MARZO DE 1870.

NÚM. 7.

SUMARIO.

TEXTO.—*La Soberanía nacional*, por D. Juan Cancio Mena.—*La lengua provenzal*, por D. Pablo Harregui.—*Los grabatos de este número*—*De la novela inédita*, por Araquistain.—*Baraona*, por D. Obdulio de Perea.—*Historia de Alava*, por D. Fermín Herrán y Tejada.—*Recuerdos de un aventurero*.—*Los indios* (continuación).—*La caridad en Alava*—*Lo que la perdiz dice*, por D. Antonio de Trueta.—*Madrid*.—*Noticias*.—*Advertencia*.

GRABADOS.—Sepulcro de D. Sancho el Fuerte.—Puerta del claustro de la catedral de Pamplona.

LA SOBERANÍA NACIONAL.

Artículo I.

Abordamos frente á frente el gran problema político; abordamos la cuestión suprema de gobierno, y abrigamos confianza absoluta en que nuestras soluciones serán claras, completas y aceptables.

Nuestra pretensión no es quimérica ni arrogante.

No es quimérica, porque hemos de plantear el problema en sus principios fundamentales, y hemos de estudiar la cuestión en su naturaleza, es decir, en las relaciones que se derivan del modo de ser del hombre y de sus vínculos sociales.

No es arrogante, porque solo aspira á conquistar una verdad para la ciencia y no á bastardos fines.

Problema profanado por groseros errores, es sin duda alguna el de la soberanía nacional, problema que sirve de escabel á pretensiones ambiciosas, y de resorte y pretexto á las revoluciones políticas.

Importa, pues, plantearlo, precisarlo y resolverlo en términos sencillos, pero evidentes y axiomáticos.

Pregúntese, no ya á la inconsciente muchedumbre, que solo se inspira en sus pasiones ó en doctrinas que se le predicán como dogmas, sino á muchos de los que con vanidad ostentosa presumen de apóstoles de la verdad social y de la verdad política; pregúnteseles por la soberanía nacional, y contestarán muy pronto que ella es el origen del poder, la fuente de todo derecho, y el manantial inagotable de la justicia.

Todos los encomios que puedan tributarla para colocarla en su altura, les parecerán menguados, todos los aplausos tibios, todos los elogios livianos.

Y es que la soberanía nacional la consideran como la apoteosis y deificación de la humanidad.

Y sin embargo, si meditasen en lo que la soberanía nacional significa; si se anticipasen á sus resultados; si alcanzasen sus efectos y sus consecuencias y comprendiesen que con la soberanía, es decir, con la voluntad omnipotente del pueblo, pueden comprometerse los derechos mas sagrados é imprescriptibles, quizá detuvieran su criterio, juzgasen con calma y variasen de opinion.

Pero fanatizados con el falso brillo de una mentida soberanía se embriagan de errores y pierden el criterio que puede descubrirles la verdad, que puede presentarles la idea tal como es en sí misma, que pueda dejarles conocer los límites de ese misterioso derecho que consideran absoluto é inmutable.

Vamos, pues, á penetrar en el corazón de la soberanía nacional, para ver lo que es, para conocer sus funciones, para medir sus legítimos fueros, porque solo así podremos disertar ámpliamente sobre una cuestión tan batallona

y resolver un problema tan complejo y tan trascendental.

Preciso es, ante todo, para realizar nuestro intento, que apreciemos la diferencia que existe entre la opinion y la verdad.

La opinion es el juicio que el hombre forma de las cosas: la verdad es lo que las cosas son en sí mismas.

Y los abismos que median entre los conceptos humanos y las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, son insondables.

Porque el hombre es un sér perfectible que está sujeto al error.

Porque el hombre solo á espensas de un trabajo infatigable, de una aplicación constante y de esfuerzos heróicos, va conociendo lentamente las leyes que gobiernan el mundo.

Porque antes de alcanzar una verdad tropieza con grandes errores y lucha con su propia ignorancia.

Porque las ideas que adquiere son conocimientos de relaciones, y mientras las relaciones conocidas sean escasas, muy pobres y muy precarias serán las ideas.

Luego el hombre debe ser modesto y prudente: no lesto, para no creerse capaz de dominar las ciencias: prudente para no hacer alarde de una sabiduría suprema.

Luego mientras sus ideas no sean axiomáticas, esto es, enunciables evidentemente; mientras las ideas sean conceptos mas ó menos aproximados á la verdad, las ideas serán opiniones.

Pero cuando las ideas estén en completa conformidad con la naturaleza de las cosas, las ideas serán verdades.

Ahora bien; las relaciones que se derivan de

MANICOM.

la justicia, las relaciones que se desprenden del orden social, las relaciones naturales, en fin, que existen entre el individuo y el individuo, y el individuo y la colectividad, ¿no son relaciones necesarias é independientes del versátil criterio del hombre?

Luego todo lo que el hombre cree bueno, no es siempre bueno; todo lo que cree útil, no es útil; todo lo que cree verdad, no es verdad.

Y cuando el hombre se equivoca é incurre en el error, conspira contra las leyes de la naturaleza, retrocede en la senda del progreso y crea obstáculos á la civilización.

Luego la voluntad del hombre no solo no es infalible, sino que es eminentemente falible; luego adoptar como criterio de gobierno la voluntad de los mas, es adoptar un principio disolvente, porque si la verdad es independiente de la opinion, y la opinion sobre las relaciones del derecho y de la política, ha de ser ineludiblemente tanto mas absurda y equivocada, cuanto mas se estiende á las clases mas desprovistas de instruccion, es indudable, encontrar la fórmula de gobierno en la soberanía nacional tal como se entiende vulgarmente, es desconocer los fueros de la justicia, del derecho y de la sociedad, y antes de reconocerlos como necesarios y dignos de respeto profundo, hacerlos contingentes de una voluntad irreflexiva é ignorante.

La soberanía nacional debe ser el poder social, pero no el poder de la fuerza, sino el del derecho, porque de otro modo la soberanía nacional seria el gran tirano de la sociedad.

Y si la voluntad puede ser equivocada ó siniestra, preciso es reconocer que, al admitir el principio de la voluntad de los mas, como criterio de gobierno, se arriesgan los mas altos intereses del hombre á los azares del error y de la perversidad.

Por tanto: los que indiscretamente predicaban la doctrina de que la soberanía nacional es la suma de las voluntades y aspiraciones individuales, y que esa soberanía es la que debe resolver todas las grandes cuestiones que afectan á la vida colectiva, defienden una doctrina absorbente y tiránica, porque prescinden de la verdad y se fijan en la opinion; porque para nada tienen en cuenta las grandes leyes que rigen el mundo, y para todo se fijan en las aspiraciones particulares; porque quieren enaltecer hasta el error, si el error procede de los mas, y proscribir la justicia, si la justicia la proclaman los menos.

Mientras la sociedad no profese doctrinas fundamentales; mientras no reconozca ciertos principios como incontrovertibles; mientras no acepte algunas reglas como seguras y positivas, la sociedad fluctuará al acaso sin saber de dónde viene y adónde vá; la sociedad no se levantará sobre sólidos cimientos; la sociedad será un edificio sin forma determinada y que se pulverizará á cada instante, volviendo á rehacerse efímeramente para desaparecer en el momento.

Y esto es indudable, porque la idea de sociedad no se concibe sin conocer las condiciones inherentes á su existencia, esto es, sin derechos y deberes, esos derechos y deberes que con mas ó menos perfeccion se comprenden instintivamente al menos en su carácter esencial.

Por eso hay ciertos principios y ciertas doctrinas, que salvadas monstruosas escepciones, se han adoptado universalmente.

Y á medida que estos principios y estas doctrinas se esclarecen y se aceptan, va limitándose ese derecho llamado soberanía nacional.

Porque si la soberanía nacional se considerase como la expresion de la voluntad general, sin trabas ni cortapisas, sin freno ni limitaciones, la soberanía nacional seria el mas terrible de los déspotas.

No, la soberanía nacional no debe entenderse como el conjunto de las aspiraciones generales, sino en tanto cuanto estas aspiraciones estén conformes con los principios de justicia y de gobierno mas fundamentales y mas universalmente reconocidos.

Si la fórmula práctica de la política estuviera condensada en el cumplimiento de la voluntad nacional, habria que tomar como buena política la que emanase de esa voluntad omnipotente, por mas que fuese anárquica y depresiva, por mas que secuestrase los derechos mas santos, por mas que chocase con los principios mas rudimentarios del buen sentido.

Además: si la bondad y la verdad son cosas independientes de las opiniones humanas, ¿cómo habriamos de tomar por buenas unas instituciones viciosas, y aceptar como verdades los errores mas capitales, por mas que tuviesen la sancion de la voluntad soberana?

La verdad es una é indivisible. Y si la soberanía nacional de diferentes Estados elevase á códigos fundamentales y á leyes orgánicas principios muy diversos y opuestos, ¿cómo seria posible legitimarlos todos, por el mero hecho de que emanasen de la voluntad universal?

No, la voluntad humana, fugitiva y veleidosa, sujeta á los errores, á esos errores que se sobreponen á la sinceridad y sujeta á la mala fé de los hombres ruines y egoistas, no significa mas en el orden político que el deseo ó las aspiraciones de los individuos que componen un Estado, no significa la bondad, no significa la verdad, no significa un dogma, sino un medio contingente que puede comprometer los mas grandes intereses de la sociedad.

Materia delicada y quebradiza es la de la soberanía nacional, y ya que en el presente artículo hemos de limitarnos á iniciarla, lo terminaremos llamando poderosamente la atencion de nuestros lectores sobre los peligros que entraña esa fórmula vaga y problemática, sobre su acepcion verdadera y su acepcion vulgar, y sobre los efectos que pueden derivarse de analizarla y explicarla en términos vagos, ó de examinarla en sus fundamentos y definirla con exactitud.

JUAN CASCIO MENA.

LA LENGUA PROVENZAL EN NAVARRA.

II.

En nuestro artículo anterior sobre la lengua provenzal en Navarra, ofrecimos probar, contra la opinion del eminente literato Mr. Fouriel, que no puede disputarse á nuestra antigua ciudad de Tudela la gloria de ser la patria del autor del poema titulado: *Historia de la cruzada contra los herejes albigenses*, dado á luz y traducido al francés en 1337 por el referido editor, y vamos ahora á cumplir nuestro ofrecimiento.

Al principio de dicha composicion, se leen los siguientes versos:

«El nom del paire e del filh e del sant, esperit
Comensa la cansos que maestre Willáume fit,
Us clere qui en Navarra fo a Tudela noirit,
Mot savis e pros si cum lestoria dit.»

Todos cuantos escritores anteriores á monsieur Fouriel han tratado de ese importante poema histórico, lo han atribuido siempre á Guillermo de Tudela, como él mismo lo confiesa; y muy poderosas debian ser las razones que se alegasen, para destruir este concepto general, pero las aducidas por aquel no pueden considerarse de tanto mérito, segun nos proponemos demostrar.

Dice en primer lugar, que el autor del poema no se presenta sencillamente como un personaje ordinario, como un buen clérigo mas ó menos instruido, que habiendo presenciado los sucesos de la guerra albigense, se encuentra de este modo autorizado para referirlos, sino que se manifiesta como un nigromántico que no tenia necesidad de ver los lances que queria describir, habiéndolos previsto por el poder sobrenatural de su arte; y termina su razonamiento con estas palabras: «Pienso que no se me tachará de escepticismo por dudar que nuestro poema haya tenido por autor un nigromántico ó encantador.»

Desde luego, ya se deja comprender que esta observacion nada prueba contra la naturaleza verdadera del autor; porque fuese, ó no de Tudela, es claro que su ciencia nigromántica seria siempre una ficcion, solo tolerable en unos tiempos de tanta ignorancia como aquellos en que se escribió la composicion, y que esta no pudo haberse hecho por arte de encantamiento. Además, para que ese raciocinio de Mr. Fouriel tuviese toda la importancia que pretende, seria necesario suponer que, por haber fingido el autor su ciencia nigromántica, fingió tambien el lugar de su nacimiento, y ya se ve que esto no puede deducirse lógicamente.

En segundo lugar, continúa dicho editor, aunque el poema está escrito en lenguaje bastante incorrecto y rudo, es provenzal en el fondo, y es muy aventurado suponer que haya sido compuesto por un clérigo navarro, en una ciudad de Navarra. Con este motivo, dice: «Ignoro la lengua que se hablaba en Tudela en 1210: quizá seria la vascongada, mas no seguramente la provenzal.»

Para deshacer tan débil argumento, basta observar que podia muy bien el autor ser natural de Tudela, y haber escrito el poema en otra parte; y podia tambien escribirlo en la misma ciudad, aunque no se hablase en ella el provenzal. Pues qué, ¿es por ventura cosa extraña ver ahora que en el mismo París se escriban poesías en castellano, ú otra cualquiera lengua, y en Madrid composiciones en francés, italiano, inglés ú otro idioma distinto? ¿Y lo es que una persona tenga facilidad de escribir en una ó más lenguas extranjeras con toda perfeccion? Pues lo que ahora se hace tambien pudo haberse hecho antiguamente.

Pero no es tan exacto y constante que en Tudela no se hablase el provenzal en aquella época, al menos por parte de sus habitantes. La conquista de esta ciudad se hizo en 1114 por el valeroso Rotron, conde de Pértica, que con otros muchos caballeros franceses de las tierras inmediatas á España, vino á ayudar al rey D. Alonso el Batallador en la guerra y sitio de Zaragoza; y este monarca, queriendo remunerar debidamente los importantes servicios del conde, le donó por fuero de heredad la ciudad ganada de los moros, encargándole que procurase repoblarla con nuevos moradores, á quienes concedió el fuero de Sobrarve para su gobierno, con muchas exenciones y franquicias. La feracidad y amenidad del territorio de Tudela fueron un reclamo poderoso para que se trasladasen á ella no pocos extranjeros, que hablaban el idioma provenzal, y que debió conservarse muchos años en las familias de los mismos. Hé aquí, pues, justifi-

cada la presuncion de que en esa ciudad debió conocerse y aun cultivarse durante algunos años la poesía trovadoresca.

Para fortificar los débiles razonamientos empleados hasta aquí, dice Mr. Fauriel, que el autor del poema, según su propia confesion, concurrió á las fiestas y regocijos celebrados en el matrimonio de Raimundo VI, conde de Tolosa, con Doña Leonor, hermana de D. Pedro II, rey de Aragon; y que, no siendo un personaje de sangre real, ni un señor poderoso, solo puede asistir con el carácter de trovador ó juglar. Estos hombres, no solo eran admitidos en todas las fiestas ostentosas, sino que formaban en ellas uno de los principales entretenimientos, cantando sus propios versos, ó los de sus antecesores, y disputándose mutuamente el valor ó aprecio de sus artes respectivas, se retiraban mas ó menos favorecidos de honores, alabanzas y regalos, según su mayor ó menor talento, su mayor ó menor fama y fortuna.

Concediéndose sin dificultad á Mr. Fauriel que el autor del poema fuese trovador ó juglar, ¿se infiere por eso que no podia ser natural de Tudela? ¿Ha faltado nunca á los hijos de esta tierra fecunda vuelo en la imaginacion y estro en la fantasía, para alcanzar como cualesquiera otros los laureles de grandes poetas?

Debe tenerse presente, además, que en la corte de Aragon, tan próxima á Tudela, se cultivaba en aquel tiempo con el mayor entusiasmo la literatura de la lengua de oc, y que el rey D. Alonso II, señor de una buena parte del territorio donde se hablaba ese idioma, fué gran protector de los trovadores, en cuyo número se contaba. Su hijo, D. Pedro II, siguió las huellas de su predecesor con igual ó mayor aficion, si cabe, y nuestro trovador Guillermo pudo muy bien haber vivido durante aquellos reinados en Zaragoza, y adquirir allí los conocimientos necesarios para escribir el poema; aunque no tiene duda que cuando comenzó á componerlo, debió hallarse en el teatro de la guerra albigense, puesto que él mismo asegura que lo principió en Montalban por el mes de Mayo de 1210.

Si se atiende, por otra parte, á los grandes elogios que en el poema se hacen del rey don Sancho el Fuerte; si se considera que el trovador Guillermo debió asistir personalmente con las huestes del navarro á la memorable batalla de las Navas de Tolosa, cuando los demás extranjeros que vinieron á ella, se retiraron ignominiosamente antes de darla; si se tiene presente que el autor habla con gran conocimiento de los hombres notables que en aquel tiempo vivian en Pamplona, como Miguel de Luesice, Hugo de Alfaro, Sifredo y Guillermo Amaniell, Pedro Navarro y otros, y que no existe motivo ninguno racional para suponer que al declararse él mismo natural de Tudela, dejase esto de ser cierto y positivo.

El erudito D. Manuel Milá y Fontanals, en la obra ya citada, aventura á este propósito la opinion de que nuestro poeta fué un trovador ambulante, de familia originaria de Gascuña, pero establecida en un barrio franco de una de las ciudades de Navarra, la cual dice que pudo y debió ser la semi-aragonesa Tudela; pero aun concediendo esta suposicion en obsequio de persona tan competente é ilustrada, ella no destruye el origen verdadero, la naturaleza de Guillermo, siempre que se conceda que éste nació y se crió en Tudela, aunque procediese de padres gascones, que es lo que parece mas probable. De cualquiera manera, se necesitarian pruebas mucho mas eficaces que las presentadas hasta ahora para despojar á dicha ciudad de la honra de contar entre sus ilustres hijos al famoso cantor de la guerra albigense.

PABLO ILARREGUI.

LOS GRABADOS DE ESTE NUMERO.

Reproducimos hoy la magnífica puerta del

cláustro de la catedral de Pamplona, cuya descripción hallarán nuestros lectores en el primer párrafo del artículo que en el número 3 dedicamos al magnífico cláustro de dicha catedral.

Asimismo publicamos un grabado representando el sepulcro de D. Sancho el Fuerte en el presbiterio de la Colegiata de Roncesvalles. Sobre almohadones están arrodillados D. Sancho y doña Clemencia, fundadores del templo. Una de las famosas cadenas de las Navas adorna este sepulcro.

Cuando hablemos con toda la estension que requiere de la Colegiata de Roncesvalles, ampliaremos las breves noticias que hoy damos acerca del sepulcro del valeroso rey navarro.

DE LA NOVELA INÉDITA
EL BASO-JAUN DE ETUMETA.

CAPITULO X.

Aprestos de combate.

.....
.....
.....

A la media hora de marcha llegaban á una meseta poblada de robles que se encontraba en la cumbre de la montaña, en donde se hallaban descansando de los trabajos de aquella noche algunos cientos de hombres.

Nada mas pintoresco que el cuadro que formaban en aquel momento.

En un lado se veia, á la pálida claridad de la luna, un grupo de montañeses durmiendo tranquilamente.

En otro, al compás de la música de una vasca-tibia, bailaba un mozo ágil y hermoso, el célebre Salto-vasco con prodigiosa agilidad y con asombrosas cabriolas.

Mas allá, otra porcion de jóvenes formando corro alrededor de un viejo, escuchaban con ansioso interés un *epuiñ* ó cuento que les referia este, dándose mucha importancia. Ya antes se ha indicado que la afición de los vascongados á los *epuiñes* era una pasión. Sacrificaban el sueño, las fiestas, todo, por escuchar uno de esos fantásticos cuentos que tanto abundan entre ellos, y mas todavía si se referia á la historia de sus mayores.

Por desgracia, el soplo helado de este siglo positivista va secando en ellos esos goces del corazon y del espíritu que tanto han contribuido para dar á sus costumbres el carácter de sentimentalismo y de dulzura, al par de su vigoroso patriotismo, perpetuando por medio de esas relaciones tradicionales las aspiraciones, los instintos y la vitalidad de los antiguos tiempos.

Pasando por un lado de este grupo, Ramiro se acercó á otro, donde se hallaban reunidos cuatro hombres hablando con mucha animacion. Eran los jefes de las fuerzas destacadas á aquel punto.

Ramiro llamó aparte á uno de ellos y habló con él en voz baja. Sin duda debió ser acerca de Arza-Torre, porque á una orden del jefe, dos jayanes que habia allí cerca se apoderaron de él y le llevaron á un lado. En seguida Ramiro se despidió del jefe y echó á correr montaña abajo hácia el valle.

En el momento que desaparecia, llegaba hácia la meseta un personaje, á cuya presencia se pusieron en movimiento todos los grupos, repitiendo:

—El Coblakari! El Coblakari!

El Coblakari, ó improvisador, era, y lo es aun, otra de las pasiones de ese pueblo, y de quien necesita indispensablemente en todas las circunstancias notables de su vida. Las romerías, las bodas, los alardes, las apuestas, toda fiesta, en fin, es fria para el vascongado mientras no venga á animarla el canto del Coblakari. Las gan-illas, los entierros, pierden su solemnidad mientras el Coblakari no arranque lágrimas con el recuerdo de las virtudes del difunto. Y sobre todo, en las guer-

ras es donde despliega todo su poder, escitando el valor de los guerreros antes del combate y cantando despues sus proezas y sus hazañas. Aun en nuestros dias, á pesar de todo lo que se han desvirtuado esas cosas, no ha habido un encuentro en la última guerra civil que no haya sido cantado en verso. Las acciones del 5 de Mayo, de Ametzagaña, de Oriamendi, de Urnieta, de Hernani, de Peñacerrada, y mil y mil mas, han sido objeto de la inspiracion de los Coblakaris modernos, siendo muy notables algunas de ellas.

El Coblakari, que acababa de llegar, era un hombre alto y erguido, de frente ancha, espaciosa, ojos negros muy expresivos, la nariz aguileña, y una barba negra muy poblada, que contra la costumbre general, la llevaba muy larga.

Iba vestido del mismo modo que todos sus compañeros. Un *chartés* ó anguarina negra caia desde sus hombros suelta por la espalda; y por delante, ceñida á la cintura. Cubrian sus piernas unas calzas de cuero que llegaban á las rodillas, y calzaban sus piés abarcas de piel de vaca, desde las cuales subian por toda la pierna hasta la rodilla los *mantarres* de lana, á cuadros blancos y negros, sujetos por cordones de los mismos colores, que arrancando de las abarcas, iban cruzando las pantorrillas con infinidad de vueltas, formando multitud de recuadros.

Empuñaba en la mano derecha la histórica *atzcona*, y embarazaba el brazo izquierdo un escudo de hierro, apoyando la mano en una reluciente y bruñida hacha de acero, que colgaba por el lado izquierdo de su cinto de cuero.

Era simpática y bella la figura de aquel hombre, que pasaba por ser uno de los mejores Coblakaris de todo el pais vascongado.

—Guda cantzoa! Guda cantzoa! (el canto de guerra), gritaron todos, rodeando á aquel hombre.

Este se preparó á complacerles. Despues de recogerse un momento, bajó el escudo hasta el puño, y dió sobre él una especie de redoble para pedir atencion.

Todos los guerreros, abandonando sus juegos, se acercaron inmediatamente á su lado, y bajando á su ejemplo los escudos, principiaron á dar golpes con sus *atzconas* de acero en la metálica plancha, entonando á su compás en coro el viejo estribillo que desde el tiempo de los romanos encabezaba todos los cantos vascongados.

Leloh ill! Leloh!	Leloh ha muerto! Oh Leloh!
Leloh ill! Leloh!	Leloh ha muerto! Oh Leloh!
Zarac ill Leloh	Zara ha matado á Leloh!
Leloh! Ah!	Leloh! Ah!

Al terminarse el coro, el Coblakari, con los ojos inflamados de entusiasmo, cantó con voz sonora las siguientes estrofas, concluyendo cada una de ellas con el coro anterior:

Lañu Illunac datos mendian trum y gogorra gañian!	Oscuras nieblas aparecen en la montaña. Aterradoras tormentas vienen sobre nosotros.
Praensac Ara! ra Erbestarrae! Suac aurretie ta carrac.	Hé ahí á los franceses! Hé ahí á los extranjeros! que llegan trayendo por delante el incendio y las llamas!
Mutill maitiac Ara! Emendira! Edur aldera beguira.	Queridos compañeros, vedlos cual se acercan! Miradlos adelantarse por el lado de las nieves!
Aupa! ta Aurrera! biotz gogorrae Gorubetara dollarac!	Arriba! y adelante! los corazones valientes! Que vayan los cobardes á hilar la rueca.
Azco izan arren, gus, gaituc onac! ¡Gogor escuan Atzconac!	Aunque ellos sean muchos, nosotros somos los buenos! Firmes, pues, entre las manos las duras <i>atzconas</i> !
Gure asaven Cantzoa esanic guaz en aurrera naiz an ill.	Entonando el canto guerrero de nuestros padres, arrojémonos sobre ellos aunque tengamos que morir todos
¿Ba' atos? Betos! E'nen gaire sai!	Ya vienen? Pues que vengan! aquí estamos aguardándolos.

Laster atzera
dira, bai!

Ba mendi aben
jave osnar,
dira Euscalduna,
ta Otznac!

Yo os aseguro que no
han de tardar en volver.

Pues los únicos durfios
de estas abruptas montañas,
son los libres Euscaldunas,
y los lobos!

Estrepitosos aplausos y gritos de frenético entusiasmo acompañaron la conclusión del canto, y aquellos bravos montañeses, ardiendo en deseos de batirse, se pusieron en movimiento para ocupar cada uno su puesto.

Ya era tiempo. El sol, rasgando las brumas de la mañana, tendía sus rayos sobre las cumbres de las montañas, y el ejército extranjero se había puesto en marcha para atravesar el desfiladero.

Era por demás pintoresco el cuadro que alcanzaban las miradas en aquel momento.

Todas las alturas que rodeaban el valle se veían coronadas por los ágiles montañeses que morían entre breñas, haciendo brillar á los rayos del sol las aceradas planchas de los escudos, y los cuadros negros y blancos de sus *mantarres* de lana, mientras los ecos de los peñascos repetían los estridentes acentos de las *Vasca-tivias* que entonaban marchas guerreras, enardeciendo el valor y el entusiasmo de los bravos hijos de Aitor.

Aquellos generosos mancebos se aprestaban á lanzarse al combate con la alegría en el corazón y en los ojos, como si fueran á una romería á alegrar sus almas con las miradas de las prendas amadas de su vida.

Ay! Cuántos, sin embargo, de aquellos desdichados veían alzarse por última vez el limpio sol que doraba las regiones de las nieves! Cuántos de ellos sentían apagarse en sus labios el canto de guerra que entonaban con tan viril entusiasmo!

Tristes triunfos! Miseras glorias, aquellas que se amasan con la sangre y el llanto de los hermanos!

ARAQUISTAIN.

BARAONA (1).

I.

A la orilla del Zadorra,
que con claras ondas riega
el hermoso y fértil campo
de la llanura alavesa,
dos apuestos paladines
tranquamente pasean,
sin temer que un enemigo
embozado les sorprenda,
á pesar que en medio viven
de una época de revueltas.
Diz que ambos son caballeros
de acrisolada nobleza,
por su Dios y por sus damas
tan bravos en las contiendas,
que cuando asoman rivales
ni los temen, ni los cuentan,
cual se colige al oírles
la conversacion que llevan.

II.

—Escribe el obispo Acuña

(1) Este ilustre patriota, sulió al cadalso antes que los conueneros Pacita, Bravo y Maldonado. Cortáronle la cabeza en la que hoy llaman en Victoria Plaza del Machete, sobre el cual hasta el año 1840 han venido jurando los síndicos del ayuntamiento defender los fueros, franquicias, etcétera, con la fórmula de «Si cumplís como buenos, Dios os lo premie: de no hacerlo así, vuestra cabeza siegue este tajo.»

al conde de Salvatierra?

—Sí, D. Gonzalo, me afirma,
con su mismo puño y letra,
que del misal el *Te igitur*
no tiene la hoja tan negra
cual la tiene su tizona,
que enemigo cuello siega.

—Bien templada tiene el alma



Sepulcro de D. Sancho el Fuerte en el presbiterio de la Colegiata de Roncesvalles.

con setenta primaveras,
cuando en lugar del hisopo
pesado lanzon maneja,
y en vez de entonar maitines
murmura canciones bélicas,
repartiendo bendiciones
y sendos tajos sin cuenta.

—Buen ejemplo da el anciano
de varonil fortaleza.

Añade que, de Padilla
celoso, Laso de Vega
la dirección de las armas
hizo en pos que recayera
en D. Pedro de Giron,
hijo del conde de Ureña.

—Proseguid, conde.

—Prosigo

la relación de sus nuevas.

Vástago de noble estirpe.

nunca se desvanecieran

con el jefe improvisado

las esperanzas más bellas

del que ambiciona en las lides

verter su sangre guerrera

por las libertades patrias

luchando con faz serena,

si á los condes de Haro y Luna,

Miranda y Beltrán la Cueva,

sin dudar de la jornada

perseguido les hubiera.

—Por Dios, que de Recaredo

y San Fernando reniega

el español que se vuelve

contra su propia bandera.

—Escuchó de Fray Guevara

la erudición indigesta,

y el patriótico entusiasmo

despreció de Fray Villegas;

por eso no halla un albergue

donde ocultar su vergüenza.

—Pues ya que el rey de Castilla

esos desmanes tolera,

y de su reino agraviado

así desoye las quejas,

y ciñe imperial corona

en Alemania, y se niega

á castigar los ultrajes

de los que el fuero atropellan,

no queriendo que el monarca

huya de nuestras fronteras:

¿hay, por desgracia, derecho

para sufrir tanta mengua?

Hagamos saber de hoy más

á Ronquillo y á Fonseca

que solo con alcaldadas

no se vence en las refriegas;

guerra á muerte á los de Flandes

que por la intriga gobiernan,

que sin cobrar los impuestos

hacen mermar á las rentas,

que judíos mercenarios

extraen nuestra moneda

y reparten altos puestos

entre gentes extranjeras.

—Disimulad vuestro enojo,

que el paje Vaiferos llega

tal vez á comunicarnos

alguna importante nueva.

¿Qué es ello, mi paje?

—Al conde de Salvatierra

de aqueste pliego cerrado

me encargan hacer la entrega.

—Acérquese mi buen paje

para que el tal pliego lea.

¡Dios de Dios!

—¿Qué es ello, conde?

—¡Otra segunda insolencia!

Olvida el duque de Nájera

que el conde de Salvatierra

deshizo en feliz encuentro

su aguerrida soldadesca,

y de nuevo con sus huestes

Gonzalo se nos acerca;

pero juro, por la Blanca

y San Prudencio de Armentia,

en la punta de mil picas

suspender esas cabezas,

para que los cráneos secos
convertidos en veletas,
giren á merced del viento
que azota nuestras almenas.
Dijo: y los dos capitanes
para combatir se aprestan
vistiendo ricos arneses,
calzando brillante espuela.

III.

Aluego del mismo rio
en las márgenes risueñas
lucharon como el que tiene
sangre cántabra en las venas;
mas en sus altos decretos,
la Divina Providencia
hizo que á los comuneros
las tropas reales vencieran,
haciendo trescientas lanzas
en Durana prisioneras.

Antes que su noble amigo
el conde de Salvatierra,
dió Gonzalo Baraona
á Dios su inmortal esencia,
el corazon á una dama,
al verdugo su cabeza
y su sangre generosa
á la santa independencia.

OBDULIO DE PEREA.

HISTORIA DE ALAVA

POR

DON JOSÉ LANDÁZURI.

El pais alavés ha sido siempre un
pais privilegiado; el asiduo trabajo
de sus habitantes ha suplido la es-
casa feracidad de sus tierras, y su
actividad ha hecho que pueda sos-
tener una industria bastante ade-
lantada á pesar de lo poco favoreci-
do que fué por la naturaleza.

Sus costumbres patriarcales, la
sencillez de sus habitantes y sus
Fueros, de los que son idólatras, han
hecho de Alava un pais pacífico,
ilustrado y valiente, cualidades que,
unidas á su amor al trabajo, hacen
que sea un pueblo feliz, independen-
te, lleno de patriotismo y fé reli-
giosa.

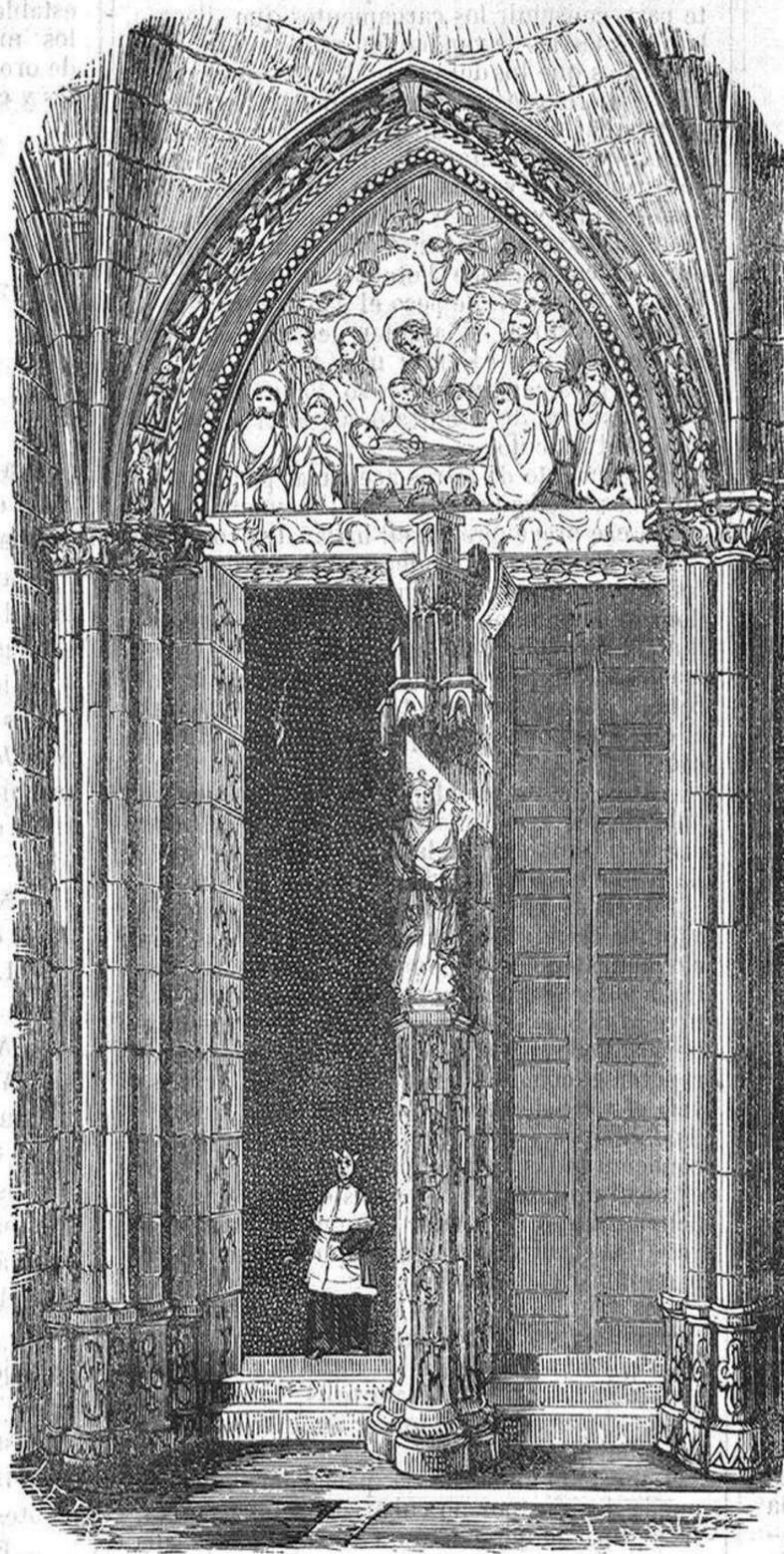
La civilizacion, el progreso y la
industria, siempre creciente, de la
humanidad, han hecho asimismo
que el pueblo alavés realice una pa-
radoja, que solo puede ser comprendida por los
hijos de esta dichosa tierra.

El pais de Alava ha variado, permaneciendo
el mismo; ó lo que es igual, ha cambiado sin
sufrir ningun cambio. Esto necesita una es-
plicacion y vamos á darla completa y sencillí-
sima.

Los alaveses, sin necesidad de desprender-
se de sus antiguas costumbres, han acogido
las costumbres del siglo, pero adaptándolas á
las suyas y dándoles para esto una nueva
forma.

La tierra alavesa, sin hacer infidelidad á sus
antiguos usos, ha recibido los usos modernos,
amalgamándolos perfectamente á los suyos pri-

mitivos. El fondo es el mismo; la forma, la
superficie ha adquirido alguna variedad, pero
no ha habido cambio alguno, y lejos de eso, la
misma sencillez, el mismo amor á los Fueros
y á la patria, la misma fé religiosa reina en los
corazones alaveses, que de este modo han
conseguido seguir adelante sin olvidar lo que
dejan atrás. Hé aquí cómo se verifica la para-



Puerta del claustro de la catedral de Pamplona.

doja; pero ¿seguirá siendo siempre lo mismo?
Esta consideracion debió hacerse de seguro el
ilustrado autor de la historia de Alava, D. José
Landázuri, al dar á luz su concienzudo trabajo.

Sin examinar su obra, sin detenernos á ha-
cer su análisis, vamos á decir el concepto que
nos merece, y lo que á nuestro juicio repre-
senta.

La obra del Sr. Landázuri es la manifiesta-
cion de un deseo grande, de un sentimiento
noble y patriótico; su autor, al escribirla y al
darla á luz, se propuso dar á conocer el ca-
rácter y costumbres de los antiguos alaveses,
á fin de que ni el uno se olvidase, ni las otras
desaparesiesen.

Mucho consiguió con esto el Sr. Landázuri;
su obra llenó un vacío que de tiempo atrás se
dejaba sentir, porque completó y perfeccionó
lo que las demás *historias* que existian habian
presentado de una manera débil é imperfecta.
En este concepto prestó á la provincia un ser-
vicio grandísimo, por mas que en otro tenga
algunos pequeños motivos de censura.

El Sr. Landázuri, á pesar de
que llevó á cabo su pensamiento
de una manera satisfactoria, solo lo
realizó á medias, porque teniendo
presentes las instituciones del pais
y sus hechos gloriosos, se olvidó
casi completamente de sus costum-
bres.

La historia del Sr. Landázuri es
un monumento de gran mérito,
que contiene tesoros históricos de
gran valía, pero que á su falta de
orden reúne la ausencia de todo
tratado sobre las costumbres del
pais cuya historia refiere. Por eso
su mision no ha sido fielmente
cumplida, y por eso nosotros, á
fuer de buenos alaveses, desearía-
mos se llevase á cabo la formacion
y publicacion de una *Historia de
Alava*, en la que no solamente
constasen los hechos llevados á
cabo por sus nobles hijos, y se hi-
ciese mencion de sus fueros é ins-
tituciones, sino que fuese al mismo
tiempo un cuadro fiel y sustancia-
do de las costumbres de este pais.

Es de admirar, en este concepto,
el celo y laboriosidad de algunos
alaveses que, como los Sres. Zára-
te, Ayala, Manteli y Becerro, se
han propuesto que las costumbres
alavesas permanezcan en la memo-
ria de los hijos de Alava, usando
para ello el medio de «publicar
historias, crónicas y leyendas de
los usos, Fueros y costumbres de
esta tierra feliz.»

Mas propicia ocasion se les pre-
senta á estos hombres que al señor
Landázuri de llevar á cabo la obra
que este se propuso y nosotros an-
siamos, ya porque lo facilite la for-
macion del *centro literario vascon-
gado*, ya porque evite los obs-
táculos que la paciencia y activi-
dad del Sr. Landázuri supo allanar,
el entusiasta auxilio que sin duda
han de prestar al que hacerlo se

proponga, algunas personas ilustradas y eru-
ditas que Alava encierra en sus pueblos, y prin-
cipalmente en su capital.

Aconsejamos, pues, á esos hombres estudio-
sos, den á su patria un nuevo monumento, una
historia completa que reúna las condiciones
que llevamos espresadas, y se lo haremos ob-
servar con especialidad á los Sres. Zárata y
Moraza, con tanto mas motivo, cuanto que han
sido los historiadores y defensores de sus Fue-
ros, de su independencia y de sus hechos glo-
riosos.

Si así lo hacen, su nombre será repetido con
orgullo por las generaciones que en Alava su-
cederán á las nuestras, y honrados, queridos

y respetados en vida, recogerán en gloria, en alabanzas y en justa admiración el fruto de sus afanes, de su trabajo y de su amor á la patria.

FERMIN HERRAN Y TEJADA.

RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO.

Los primeros tiempos de California.

III.

LA BAHÍA Y EL PUERTO.

(Continuación.)

Todo fué bien hasta que el cuarto día, día en que llegaron dos buques chilenos con seiscientos trabajadores, y cuyos jefes no tenían recursos para trasladarse á las minas, por eso se vieron obligados á admitir trabajo á cualquier precio, y descendieron repentinamente los jornales á la mitad. Esto nos produjo una calma de dos días, sin que se ganara mas que las bagatelas que traían los pocos hombres destinados á mozos de cordel y algo con la leña que se vendió á las fondas.

Los comerciantes advirtieron pronto que de entre los chilenos desembarcados, solo había una compañía tan bien organizada como la mía; y que los que tomaban trabajo á medio jornal, apenas hacían la mitad de la faena que hacíamos los que estábamos bien organizados: así, pues, aunque los jornales bajaron á seis duros por hombre, y un sobresueldo á los jefes, la compañía mencionada y la mía abarcaron todos los trabajos del puerto.

La concurrencia se estableció desde entonces entre mejicanos y chilenos. Los jefes de estos últimos adoptaron muy pronto nuestra organización, y unos y otros comenzamos á contratar la descarga de buques por un tanto alzado.

Sostuvimos la competencia algunos días, obteniendo una entrada de 550 á 580 francos diarios; pero tanto mi gente, como la de las dos compañías que se me habían reunido, alucinada por las noticias que se recibían de los *placers*, creyeron que iban á barrer el oro con escobas, comenzando á murmurar que los distraía del objeto á que se habían obligado.

En vano les hice la observación de que las riquezas se adquieren con mayor facilidad con un trabajo constante y de seguros resultados, que con el in ego y contingente producto de los *placers*; todas mis reflexiones se estrellaron ante sus ilusiones, y apenas había una docena que fuesen de mi parecer.

Les propuse que nos estableciéramos en las inmediaciones de San Francisco, dividiendo la gente en dos secciones; una, la mas robusta, destinada á la descarga de buques que viviría en la playa, y la otra que se situaría en las inmediaciones de la misión de Dolores, donde podrían cultivar un terreno de regadío, cuyos productos vegetales les producirían mas que todo el oro que sacaran en los *placers*.

Para ambas cosas habíamos adquirido el capital necesario; para la descarga podíamos habilitar vehículos que desde Méjico llevábamos, y comprar lanchas de alijo; para el cultivo sobraban terrenos fertilísimos que apenas hubieran costado precio alguno, ó nos hubiéramos aprovechado y posesionado de ellos como primeros ocupantes, y tal vez podíamos también comprar del ayuntamiento de San Francisco solares á precio muy bajo que indudablemente al poco tiempo subirían diez veces el precio de coste.

Todo esto se puso á discusión, y solo entre algunos de los míos encontré cierto apoyo, pues los demás, cegados por la sed del oro, no reflexionaron sobre las ventajas que tenían á la mano, y que solo pueden concebir los que saben lo que es una población naciente de inmenso porvenir como era aquella; y prefirieron, pues, emprender el viaje á los *placers*,

viaje en el que tenían que gastarse todos los ahorros que habíamos adquirido y los capitales que de Méjico llevamos.

Agotóse mi persuasión, y fué contrarestanda por las noticias que llegaban de los *placers* y que los comerciantes de San Francisco procuraban abultar por el interés que tenían en que los recién llegados fuesen cuanto antes á las minas, porque su marcha les proporcionara mayores ventajas, pues quedándose en el puerto no necesitaban de aquellas para sus compras.

En la ciudad no había población suficiente para consumir los cargamentos que llegaban, los cuales se vendían en remate á precios mas bajos que los del punto de su expedición, y el comercio se aprovechaba de su baratura.

Para dar una idea de lo que entonces era este comercio, bastará decir que el oro en polvo ó pepitas se vendía á doce duros la onza de peso español y catorce la de peso de Troy; el vino Burdeos por mayor á uno y medio y dos duros la caja de doce botellas, y el Cognac y Ron á 75 centavos de peso el galon: no obstante esta baratura, si alguien necesitaba beber una copa, la pagaba en el mas pobre figon ó taberna á 25 centavos de peso, lo que producía una ganancia de treinta ó cuarenta veces el valor del artículo.

El descuento de letras aceptadas por las mejores casas se hacía al 10 por 100 mensual, y aun á ese precio era difícil hallar dinero.

Los artículos verdaderamente caros eran, las patatas, que se vendían á cinco reales vellón ó 25 centavos la libra; los huevos de gallina al mismo precio cada uno; los de aves marinas á un peso y cincuenta centavos la docena, y las verduras no tenían mas precio que el que quería exigir el que las llevaba al mercado.

Antes de emprender el viaje, y ya que he hablado del comercio, creo conveniente dar una pálida muestra de las costumbres de aquella población abigarrada.

Por todas partes se veían juegos de azar. El alquiler de la mesa donde se ejercitaba el oficio de desplumar pichones (1) importaba veinticinco duros diarios, con solo que la mesa estuviera debajo de techo, aunque este fuese de lienzo. Pero aparte de estas mesas, que podían reputarse como la aristocracia del vicio, se veía el vicio democrático al aire libre, manejando naipes y dados, tahures inteligentes que conocían todas las trampas del juego, y que estaban prontos, tanto los aristócratas como los demócratas, á responder con un tiro de revólver ó una puñalada á cualesquiera que reclamase contra sus fullerías.

Los apuntes por su parte no eran de los mas tranquilos, y á veces sucedía que estando armados, tanto los banqueros como los apuntes, se producía una camorra á tiros, yendo á veces las balas á herir ó matar á algun inocente espectador del juego.

Del estado moral de la población, no todo puede decirse por no ruborizar á los lectores; si alguna mujer virtuosa vivía en ella, salía siempre bien escoltada para no sufrir el ataque de algun desenfadado libertino, y las que no lo eran, y que componían la generalidad de su sexo, además de estar bien armadas, tenían uno ó dos editores responsables que salieran á su defensa para no ser burladas.

En medio de este desconcierto general, en que el gobernador no contaba con fuerzas para hacer respetar el orden; que los destinos de aduana, ayuntamientos y demás autoridades, estaban, con raras escepciones, en manos de la canalla; el hombre honrado que no jugaba ni se prostituía, gozaba de una seguridad casi perfecta en relacion á aquel supremo desorden.

Apenas se oyó hablar de robos, y los dos únicos que por aquel tiempo se cometieron, uno en la misión de San José, en el que figuró un marino gallego, y otro en la misión de San Miguel, fueron castigados inmediatamente con la famosa justicia de Linch.

Debo con este motivo consagrar un recuerdo

(1) Nombre que dan los fulleros á los puntos.

al Sr. Lataillade, yerno del capitán español don Pablo Guerra y Noriega, que fué quien con sus convecinos de Santa Bárbara apresó á los asesinos y ladrones de San Miguel; pero el desgraciado pereció á los pocos días al desarmar un rifle perteneciente á los ladrones.

Mucho se debió en aquel tiempo para la conservación del orden á las familias de raza española establecidas anteriormente en el país: los Guerras, Vallejos, Picos, Pachecos y todas las familias españolas, no solo conservaron el orden en las demarcaciones donde se hallaban establecidas, sino que sirvieron de amparo á los muchos desgraciados que produjo la sed de oro, convirtiendo sus haciendas en hospitales y casas de refugio.

(Se continuará.)

LOS INDIANOS.

NOVELA.

(Continuación.)

VI.

La despedida.

Era un hermoso día de otoño.

La ciudad de Bayona ofrecía un espectáculo animadísimo.

Era lunes, día de mercado, acababa de llegar el tren de recreo y los alrededores de la estación estaban cuajados de curiosos.

El idioma vascongado dominaba.

Los que debían embarcarse en el bergantín *San José*, acompañados de sus familias, formaban un grupo numeroso.

La curiosidad pública no tardó en fijarse en ellos.

—Son los que van á embarcarse en el *San José*, decían unos.

—Los futuros indianos, añaden otros con sorna.

—Algunos dejarán el pellejo por allá.

—Y no pocos.

Cruzaron todos los que acababan de llegar en el tren de Hendaya, confundidos con los curiosos, el magnífico puente, y por detrás del teatro se dirigieron los vascongados que iban á embarcarse al muelle donde aguardaba el bergantín.

En aquellos momentos acababa de hacerse el alijo.

—¿Tenemos tiempo? preguntó uno al contratista.

—Hasta las dos ó las tres no partiremos, contestó aquel.

—Entonces vamos á tomar un bocado.

—Cuando oigais la campana á bordo...

—No faltaremos.

Y reuniéndose los conocidos en las tabernas y figones, se entregaron al festín de la despedida.

Si no recuerdo mal, Trueba ha descrito una despedida de este género: yo he leído algo que ha arrancado lágrimas á mis ojos.

Además de impresionarme la narración de este adiós, lucha terrible entre el sentimiento y la necesidad, entre el amor de la familia y la atracción de lo desconocido, he presenciado estas escenas verdaderamente desgarradoras.

Los que hayan vivido lejos de sus queridas montañas, me comprenderán; los que obligados por la necesidad hayan tenido que abandonar su hogar, sus afecciones, todo su mundo, el mundo de la juventud, para lanzarse en pos de las aventuras que ofrece un viaje largo;

los que hayan sufrido este tormento, pensarán con pena en los que se aprestaban á partir.

Y sin embargo, habia animacion, habia alegría en aquellos grupos; animacion y alegría que servian de máscara á los que iban á partir y á los que se quedaban.

Los pocos ancianos que acompañaban á sus hijos, apenas se atrevian á mirarlos.

—Ya no volveremos á vernos, pensaban.

Y no pensaban así porque vaticinaban desdichas á sus hijos, nó: su reflexion nacia del peso de sus años.

Cualquiera que hubiera observado aquellos grupos, hubiera creído que se celebraba una romería.

Cantaban, hablaban, bromeaban.

—¡Ah! mira, decia uno, se me olvidó preguntar á la Micaela qué quiere que la traiga de América; que me lo escriba.

—¿No me dices nada para Pedro? preguntaba una vieja á una jóven. Te quiere tanto, que no ha tenido valor para venir.

—Dígale usted que rece un Padre Nuestro para que Dios me dé buen viaje.

El uno recordaba que habia olvidado algo, otro formulaba sus temores, otro hacia alarde de sus esperanzas, y cada frase servia de aliciente á la conversacion, á la risa, á la broma.

Parecian todos aquellos infelices dueños del mundo.

Ricos de fé, de amor, de esperanza, se creian aún pobres, é iban en busca de dinero! El tiempo volaba para ellos.

De pronto sonó una campana.

—¡Que nos llaman! ¡que nos llaman! dijeron algunos.

Allí fué ella.

El sonido de la campana hirió á todos.

Las bromas, la risa, la alegría, desaparecieron de aquellos grupos.

A la tranquilidad, siguió un temblor, una zozobra, una angustia indescriptibles.

Hasta entonces no habian creído que llegase la hora de la separacion.

Los mas fuertes desfallecian.

—¡Vamos á bordo, á bordo! dijeron algunos marineros enviados por el capitán del buque.

Las lágrimas asomaron á los ojos de todos.

—Quédese V. aquí, padre.

—No, hijo mio, no te abandono hasta el último instante.

—Vé. . vé, hijo mio, no tengo valor para mas.

—¡No me olviden ustedes!

—Que escribas todos los correos.

Estas y otras frases tiernisimas, acompañadas de sollozos, de besos y de abrazos, contrastaban con las gracias que aquellas sensibles escenas inspiraban á los curtidos marineros, y con el imperioso sonido de la campana.

En aquellos momentos pasó una escena que necesito referir al lector.

Entre los viajeros halló José María á un jóven de Oyarzun, á quien habia tratado con intimidad en Pamplona.

En un momento de desesperacion, Martin, que así se llamaba, se habia comprometido á ir á Montevideo.

Era muchacho listo, de ingénio; pero le dominaba el vicio del juego, y habian tenido que despedirle de todas las casas de los comercian-

tes de San Sebastian y Bilbao, en donde habia servido de dependiente.

—Vamos, Martin, le dijo José María; tú y yo estamos solos, no tenemos de quien despedirnos, á bordo.

—Me ha dado una corazonada.

—¿Cuál?

—No me embarco.

—Y ¿por qué?

—Porque sin necesidad de embarcarme puedo hacer fortuna. Quédate conmigo y ya verás.

—No es posible...

—Pues yo no voy; y si algun dia vuelves, me hallarás en Bayona tan rico por lo menos como tú volverás... si es que vuelves.

—Piensa lo que haces.

—Está pensado... adios.

Y dándole un abrazo, se alejó Martin del muelle en tanto que José María se embarcaba.

Media hora despues partia el bergantin *San José*, y los que iban á bordo y los que se quedaban, sentian en el alma una mortal tristeza.

—¡Ay de los que se quedan! dice la gente en las despedidas.

Tratándose de pasar el charco, es preciso decir:

—¡Ay de los que se van!

No olviden los lectores á Martin, y sigan conmigo á los viajeros.

(Se continuará.)

LA CARIDAD EN ALAYA.

Nuestro ilustrado corresponsal de Vitoria nos comunica los siguientes interesantes datos:

«He visto, dice, la firma de Obdulio Perea en una composicion que sin tener ningun verso está llena de poesia. Nuestro hospicio está al cuidado de una coleccion de caritativos caballeros que componen la *Junta diputacion de pobres*; Perea es su vice-secretario, y firma el estado de cuentas del año de 1869. Es todo un ídilio de caridad.

En el capítulo *Ingresos*, cuya suma asciende á 460.044 reales, figuran en ese periodo de tiempo, 19.259 reales de limosnas, y 22.300 de legados, y entre otros elementos de acopio de intereses 6.000 reales, producto de labores de las Hermanas de la Caridad, mujeres y niñas de la casa; 11.103 de asignacion de la provincia y 33.769 de suscripcion extraordinaria. Los gastos se han elevado á la cifra de 397.833 reales, quedando á favor de la casa un saldo de 62.211.

Las estancias causadas durante el año, ascienden á 106.365, que corresponden al dia á 291 6/13 personas.

Se han colocado ocho muchachos en el aprendizaje de los oficios siguientes: cuatro herreros, un labrador, dos cigarreros y un cantero; de los cuales cinco son expósitos.

Se han adoptado tres expósitos. Están al cuidado de la Junta por cuenta de la diputacion de la provincia 322 expósitos, á saber: en lactancia 183; matriculados 75, y colocados en oficios y servicios 64. Han fallecido 12 hombres, 21 mujeres, siete niños y tres niñas.

La suscripcion voluntaria que en épocas calamitosas se abrió el año pasado para socorrer á las clases necesitadas, produjo en este generoso y noble vecindario 33.769 reales, que casi

en totalidad se han invertido en 56.204 raciones de potaje y pan dadas desde Marzo hasta Diciembre.

¡No hay estadística tan elocuente y consoladora como la de la caridad! Ella es la única que da á los pueblos verdaderos títulos de gloria. Felizmente nuestra ciudad ha estado siempre en esta materia en primera línea entre todas las ciudades de Europa.»

LO QUE LA PERDIZ DICE.

CANTAR POPULAR VASCONGADO (1).

Voy á contaros, niñas
de estas verdes montañas,
lo que la perdiz dice
cuando despunta el alba.
Dice:—«Inocentes niñas,
no fieis en palabras
de amorosos galanes,
porque las más son falsas.
Niña que en ellas fia
se expone á dar de espalda
como niña que en piedras
resbaladizas anda.»

ANTONIO DE TRUEBA.

MADRID.

No hay duda, el pecado lleva en sí la penitencia.

El país aceptó con gusto la revolucion de Setiembre, porque la consideró como un castigo á los escándalos que presenciaba.

El grito que pedía una España con honra, era la espresion del sentimiento público.

¡Qué hermoso espectáculo hubieran dado al mundo los revolucionarios, si hubieran imitado al pueblo, á aquel pueblo hambriento que entraba en Palacio é inspiraba á uno de sus hijos, despues de encontrar un tenedor de plata, al entregarlo á su jefe, frases como esta:

—¡Qué lástima que no sea un cigarro!

Si hubieran imitado á aquel pueblo, que con las armas en la mano acudia al Banco, á las casas de los capitalistas, y se prestaba á custodiar los caudales de estos; á aquel pueblo, todo abnegacion, todo entusiasmo, que no aspiraba mas que á ser guiado por el buen camino para admirar al mundo con su ejemplo, otra seria la suerte de España en estos momentos.

Pero ¡oh desengaño! el interés fué el demonio de la tentacion, y en una época en la que para salvar la Hacienda todos los españoles debimos hacer grandes sacrificios, se aumentó el presupuesto de las clases pasivas, se concedió un millon para indemnizar á algunos periódicos de las multas que habian pagado en virtud de sentencia de los tribunales, se gastó

(1) El testo de este cantarcillo, que es muy popular en Guipúzcoa, es el siguiente:

Eperrac cantatzen dau
goicean goicetan
ez asco fiatzeco
mutillen izquetan.
Fiatzen baceráde
mutillen izquetan
erorico ceráde
árri labanetan.

un dineral en alhajar ministerios, y se llevaron á cabo otros actos de favoritismo, que son ni mas ni menos que la penitencia del pecado.

Cosas suceden que sorprenden y hacen meditar.

Precisamente cuando estos dias se reunian los obreros á pedir trabajo, acudian á un café de Barcelona á pedir limosna las viudas de militares muertos en campaña; las nodrizas de la Inclusa pedian algun socorro á los municipios, y ocurrían otras desventuras por el estilo; los periódicos liberales anteriores á la revolucion se repartian el millonaje, y segun dicen se compraban mil y cien varas de raso para adornar el ministerio de la Gobernacion.

Se hacen una ilusion, de funestas consecuencias, los gobernantes que creen que dando ó permitiendo este espectáculo, pueden vivir tranquilos.

En el mundo no existe mas que lo que tiene razon de ser, y la conciencia es el primer enemigo que mortifica á los que teniendo en su mano los medios de hacer el bien, olvidan mientras gozan á los que sufren.

Mucho se ha hablado estos dias de conspiraciones y de próximos trastornos. Nadie sabe lo que sucederá; pero todos los que aman el orden, todos los buenos españoles, desean que termine para siempre la larga serie de insurrecciones que constituyen la historia de España en el presente siglo.

Nadie ama tanto la paz como los vasco-navarros, y por eso desearíamos cierta circunspeccion por parte de las autoridades respecto de unas provincias cuyo principal interés es conservar sus costumbres, y la tranquilidad que tanta dicha les proporciona.

A este efecto quiero reproducir algunas líneas de una carta de un vascongado, que expresa el sentimiento de la mayoría del país:

«Se han reunido estos dias en Vitoria, me dice, los tres diputados forales de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, para el arreglo de algunas cuentas atrasadas, y se susurra que además de los asuntos económicos, han tratado tambien de algunos otros de política palpitante, á lo menos en lo relativo al movimiento de tropas, que en breve parece han de concentrarse en estas provincias. En las cuestiones forales, el país descansa hoy, como ha descansado siempre, en la sensatez y sano criterio de sus magistrados, que ante todo saben anteponer el deber de buenos y leales vascongados á los intereses de partido, y por lo cual creo, que lo mismo hoy que ayer, si las Diputaciones quieren, el país vascongado vivirá tranquilo, aun cuando en el resto de la nacion sufrieran los pueblos las consecuencias de una conflagracion general. Ahora, que segun las voces universalmente repartidas, se preparan para la primavera nuevos trastornos civiles, tienen nuestros diputados el sagrado é indeclinable deber de velar por la paz del pueblo vascongado, porque si ese precioso don se turbara, correrian un albur con las tristes consecuencias de la suerte de las armas, nuestros caros y venerandos Fueros.

»La política vascongada, tan mal entendida, desgraciadamente, por muchos que pueden influir en el país, necesita, puesto que es la mas patriarcal, justa y sabia de todas las políticas del mundo, un criterio prudente y no-

ble, desinteresado y liberal para ser comprendida y practicada, y un respeto y apoyo firmes por parte del pueblo, para ser sostenida y acatada. Gracias á Dios, todavía vivimos al amparo de una autonomía sagrada que nos honra, y que nunca sabremos apreciar bastante.»

Así se explica un vascongado distinguido, y no hay duda, la paz, el orden y la justicia son las primeras necesidades, las primeras aspiraciones del país vasco-navarro. Pero como ha dicho muy bien en sus artículos Juan Cancio Mena, no por eso ha de renunciar á dejar oír su voz digna y pacífica en donde se resuelven los destinos de España.

Yo siento tener que ocuparme aquí de estas cosas; desearia ofrecer á mis lectores otros cuadros, otras escenas mas en armonía con sus gustos y los míos; pero la zozobra en que vivimos, las noticias que nos sorprenden á todas horas, obligan á pensar en la cosa pública.

Tenemos familia, rentas, productos de nuestro trabajo, y todo esto se vé amenazado. ¡Quién piensa en diversiones, en teatros, en libros, cuando de un momento á otro puede ofuscar nuestra vista el resplandor de la tea de la discordia!

Estamos en Carnaval, y no lo parece. Hay máscaras, recorren comparsas las calles, sueñan músicas, se baila, se dan bromas; pero ¡ay! falta paz á nuestra alma, esperanzas risueñas á nuestra imaginacion.

—¿Qué sucederá mañana? se pregunta uno todas las noches al acostarse.

Ese mañana es un problema que aterra, porque los pueblos, como los hombres, expían sus pecados, y España, que con paz y trabajo seria el país mas feliz del mundo, desprecia estos bienes y se entrega á aventuras descabelladas.

Y los que no vivimos de lo que se llama política, somos tambien culpables, porque somos débiles, porque no oponemos una digna resistencia pasiva con nuestro ejemplo, porque no sabemos elegir á nuestros representantes, porque nos encerramos en una indiferencia que hace creer á unos pocos que pueden jugar con nuestro presente y nuestro porvenir.

El pecado lleva en sí la penitencia, como he dicho al principio, y la verdad es que todos, todos somos pecadores.

JULIO NOBELA.

NOTICIAS.

Las obras necesarias para devolver al puerto de Pasajes la importancia que debe á la naturaleza, van á emprenderse con gran actividad por la Diputacion foral de Guipúzcoa.

Ha causado honda sensacion en Vitoria la muerte del teniente coronel D. Victoriano de Mendiguren, hijo de aquella ciudad, y uno de los valientes defensores de la Independencia de España en Cuba, desde los primeros momentos de la insurreccion.

El Sr. Barrio y Mer, catedrático de la Universidad de Vitoria, hizo en Madrid unas brillantes oposiciones á la cátedra de derecho

romano. El tribunal le dió el primer lugar en la terna, y la política le arrebató el triunfo; pero sus discípulos de Vitoria y todas cuantas personas reconocen su mérito, le han felicitado con una magnífica serenata.

Nos anuncian que el joven pintor vitoriano D. Pedro Robles, ha terminado un precioso cuadro de género, que representa un grupo de jugadores en una cocina de aldea.

Gran animacion ofrece este año el Carnaval en Vitoria. Las comparsas se preparan á lucir su habilidad y su ingenio. Entre las coplillas que ha compuesto ese poeta sin nombre que se llama el pueblo, figura esta que es muy significativa:

«De los ministros de Hacienda
aprendimos la leccion;
todo nuestro plan consiste
en sacar contribucion.»

El Ateneo de Vitoria vá á publicar una revista quincenal, en la que sus jóvenes fundadores y académicos reasumirán de un modo brillante el conjunto de los trabajos que en este centro literario se practican. El Ateneo vive en el quinto año de su desarrollo, y continúa en una marcha firme y progresiva, tanto científica como económicamente. Su entusiasta presidente, el Sr. Roure, está dando todos los miércoles un curso precioso de *Antropología*; Orodea explica economía política; Vidal derechos sociales; Arellano química; Becerro Bengoa progresos científicos é industriales de nuestros dias; Saez física; Apraiz literatura; *et sic de caeteris* entre los incansables sostenedores de este honroso elemento social de instruccion pública.

ADVERTENCIAS.

En la seguridad de que los nuevos suscritores desearán tener la coleccion completa, conservamos ejemplares de los números que han salido hasta ahora.

El éxito que ha alcanzado nuestra publicacion, no solo en las provincias vasco-navarras, sino en el resto de España y en Ultramar, nos mueven á proyectar mejoras que á la mayor brevedad podrán apreciar nuestros suscritores. Nos proponemos, entre otras, publicar una COLECCION DE RETRATOS DE LOS DIPUTADOS FORALES Ó PROCURADORES de las cuatro provincias, como un homenaje á sus virtudes y á su honrada y benéfica administracion. De este modo podrán poner nuestros lectores en sus despachos ó salones, los retratos de los insignes vasco-navarros, á quienes su país debe la felicidad de que disfruta, y los municipios honrar su memoria, colocándolos en las salas capitulares.

EL PAÍS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripcion.

En España. 3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto Rico. 6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas. 6 meses 4 pesos.
Extranjero. 6 meses 10 franc.
Número suelto en España. 2 reales.

MADRID, 1876. Tipografía de José Gascia, calle de la Harina, 36, bajo

